

Hermanas nocturnas

Me observas, te preguntas qué hago aquí, qué negocio humano se teje entre las sábanas a horas tan entradas de la noche. Ves mi cuerpo desnudo, bien formado, de senos firmes y vientre liso. ¿Es envidia lo que sientes? ¿No tienes cuerpo de mujer, pero ansías ser amada, como dice una canción? ¿No ves que sufro, que en realidad no hay amor, sino que soy usada y desechada cada noche?

¿Crees que alguien puede desear el cuerpo de una mujer que es mancillado y pisoteado a diario como el pavimento de una calle? Si no soy más que un felpudo. Vienen aquí a relevar un impulso animal para volver a la rutina de la decencia simulada. Maridos, padres o solteros... Pobres o ricos, feos o guapos, ateos o santos... Solo buscan una cosa: satisfacer un ímpetu que no pueden ni quieren subyugar, porque les da el control que carecen en sus vidas.

Pobres diablos. Si yo soy un felpudo porque me pisan, ellos no son más que la mugre que esparcen por donde transitan y se acumula en mis crines. No me mires así. Sin cerebro ni corazón ni voluntad, esparcen un veneno blanco, tóxico y mortal —como lo haría un lobo rabioso con su orina— para convencerse a sí mismos que son machos.

¿Por qué me censuras? Si tú estuvieras en mi lugar, sentirías y harías igual. ¿O crees que me merezco este labio partido? Algunos mantienen un grado de cordura; otros, libres de yugos, ostentan toda su fuerza, ¡qué brutalidad!, contra una mujer que pesa la mitad que ellos. Yo también tengo rabia y frustración, pero ¿voy a pisarte porque eres más pequeña que yo? ¿Voy a descuartizar tus ocho patas porque la crueldad me proporciona un segundo de poder y de control?

Me pregunto qué harías si yo lo intentara... No eres tan pequeña; cabes perfectamente en mi mano y, si despliegas tus patas gruesas, cubrirías mi rostro. Ahora que te veo de cerca, eres negrísima, jamás he visto una araña tan negra. Junto a ti, mi piel caramelo parece crema.

No te preocupes, no te haré daño. Cuántas lunas hemos compartido y tú no me lastimas. ¿Crees que no te he visto trepar a mi lecho, caminar por mi pierna desnuda y posarte en mi cadera? Te dejo que lo hagas porque eres una compañía, una aliada, y la única que atestigua mi existencia. Me he acostumbrado a tu tránsito sin sobresaltarme. Espero cada noche las caricias de tus vellos de seda y, cuando te quedas quieta sobre un muslo sin querer montarme ni atacarme, siento verdadero amor. Después de la visita, vuelves a tu guarida. ¿Te basta a ti este intercambio platónico? ¿Por qué no me clavas tus dientes?

Estoy segura de que eres hembra, solo otra mujer puede sentir el dolor físico y fantasmal del abuso, el miedo a la violencia, el terror de enfrentar a un monstruo; por eso recibo tu entrega lesbiana con gratitud. Vienes a consolarme después de mi martirio. Quizá estoy equivocada y eres un depredador celoso, esperando el momento para vengarte por mi falta de amor exclusivo. Pero tu tamaño más grande y vientre abultado, sin colores superfluos, me dicen que eres una hermana. Y que solo matas si te asustan. No vas a mordirme, ¿verdad? Eres mi hermana de cuarto, de noche, de locura...

A veces te envidio. En tu mundo eres más poderosa; escoges al macho y este muere en el acto o al poco tiempo de servirte, mientras que tú reinas en tu madriguera y disfrutas de una larga vida. La biología equivocó la fórmula en los humanos, haciendo a la mujer más pequeña y vulnerable, cuando nosotras tenemos un juicio más templado.

No me mires así... ¡Te dije que no me mires así! No me des un discurso de empoderamiento diciéndome que mi fragilidad yace en mi mente y que puedo romper estas cadenas: las arrastro desde la niñez. ¿Qué te da derecho a mirarme con lástima y

decirme que empiece de nuevo? ¡Eres solo una araña, maldita sea! Me compadeces, me consuelas, pero también me juzgas... Estás imposible hoy con tu cháchara moral y tu aire de superioridad. A veces quiero pisotearte, fumigarte, como hacen los demás conmigo.

¡Ya lárgate a tu rincón y deja de mirarme! ¡Vete, vete, insignificante criatura! Déjame arreglarme, aún no he terminado mi jornada de humillación. ¿Quieres que me arme de valor y huya? ¿A dónde? Si ni siquiera tengo documentos. ¿Quieres que termine en la calle expuesta a las drogas o violada en alguna ciénaga? ¿Cuántas chicas terminan descerebradas por la adicción o descuartizadas? Son como arañas, pequeñas, frágiles, cuyas piernas son desplegadas y luego arrancadas. Sus cuerpos, abandonados por meses o años. Nadie las busca. Una prostituta más en una zanja o en un vertedero, sin identificación. Jamás tuvieron un rostro ni nombre. La descomposición final es solo otra prueba de ello.

Aquí estoy a salvo. Esta es mi madriguera, como tú tienes la tuya, y puedo al menos defenderme. ¿Quién sospechará de mí cuando los pendejos ocultan su vicio a la sociedad entera? El último diablo no debió pegarme. Caerá convulsionado en algún evento familiar o alguna reunión de negocios. Náusea, dolor muscular, parálisis... Jamás podrán rastrear mi veneno negro, que es el tuyo. Arañas hay en todas partes.

Paula Emmerich